

## ESCUELA UNITARIA DE DOBRES, EN EL INVIERNO DE 1986

*One-room school of Dobres,  
in the winter of 1986*

Roberto González González\*

Consejería de Educación, Formación Profesional y Universidades del Gobierno de Cantabria

---

### Palabras clave

Escuela rural  
Escuela unitaria  
Dobres  
Educación

**RESUMEN:** La fotografía refleja a un grupo de niños y niñas de la escuela de Dobres que celebran con orgullo su función de Navidad, dedicada a padres, madres y vecinos. A 936 metros de altitud, era la escuela más alta de Cantabria. La escuela, construida en 1952 por los propios vecinos, refleja la vida en un pueblo aislado. A pesar de la escasez de recursos y las difíciles condiciones, los niños se esfuerzan por aprender y participar en representaciones culturales. A través de anécdotas y reflexiones, se destaca la importancia de la educación en un entorno rural, compartiendo gratitud por la experiencia.

### Keywords

Rural School  
One-room school  
Dobres  
Education

**ABSTRACT:** The photograph depicts a group of boys and girls from the Dobres school proudly celebrate their Christmas function, dedicated to parents and neighbors. At 936 meters above sea level, it was the highest school in Cantabria. The school, built in 1952 by the villagers themselves, reflects life in an isolated village. Despite the scarcity of resources and difficult conditions, children strive to learn and participate in cultural performances. Through anecdotes and reflections, the importance of education in a rural environment is emphasized, sharing gratitude for the experience.

---

\* **Correspondencia a / Corresponding author:** Roberto González González. Consejería de Educación, Formación Profesional y Universidades del Gobierno de Cantabria – roberto.gonzalez1@educantabria.es

**Cómo citar / How to cite:** González González, Roberto (2024). «Escuela Unitaria de Dobres, en el invierno de 1986», *Cabás*, 31, 283-289. (<https://doi.org/10.1387/cabas.26073>).

Recibido: 21 febrero, 2024; aceptado: 27 febrero, 2024.

ISSN 1989-5909 / © UPV/EHU Press



Esta obra está bajo una Licencia  
Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional



Un grupo de alumnos y alumnas de la Escuela Unitaria de Dobres (Vega de Liébana, Cantabria), colocados junto a la chimenea de la clase (diciembre de 1986).

Un grupo de niños y niñas posan orgullosos y satisfechos de sus interpretaciones tras las representaciones de la función de Navidad. Se dedicaba ésta a sus padres y madres, y a todos los vecinos del pueblo que se volcaban con el único acto de carácter cultural que se celebraba cada año en el pueblo de Dobres, a 936 metros de altitud. En aquel momento, seguramente la escuela abierta situada a más altura en Cantabria.

Faltaba ese día Javier, uno de los mayores de la clase, pero estaban, de mayor a menor edad, Trini, de su mismo curso, Elías que siempre transitó sólo, José Ramón y Soledad que eran compañeros, Jose y Almudena que compartían curso, Jesús y Santi (tristemente fallecido), Fernando y Desiré. Los enumero en el orden de los cursos que seguían: 8.º, 7.º, 5.º, 4.º, 3.º y 1.º de EGB, y Preescolar. Nos acompañaba un primo de Soledad procedente de otro pueblo y que todavía no asistía a la escuela. El curso anterior contábamos con 15 alumnos. Ana, Tina Mari, Máximo y Toñín bajaban ya a Potes en esta fecha o se habían trasladado a Santander para seguir sus estudios de Enseñanza Secundaria. Ellas habían representado la obra de «Las tres reinas magas» de Gloria Fuertes el año anterior. Yo apenas intervenía en los preparativos: ellos mismos gestionaban sus ensayos, vestuario, presentaciones...

Era mi segundo curso como maestro en esta escuela. En ella ejercí por primera vez como propietario provisional, tras unos meses de servicios interinos haciendo sustituciones en distintos colegios de Cantabria. Aunque tuve pocas opciones para elegir un destino en el acto de petición que se celebraba en el salón de actos de la calle Vargas, n.º 53, de Santander, mi elección era consciente.

Mi formación básica se había desarrollado, apenas una década antes, en otra escuela unitaria. El formato no me era desconocido y hasta me resultaba atractivo. Me gustaba Liébana por sus paisajes y por sus

gentes, por su historia y manifestaciones artísticas, porque había allí algo de mi ascendencia familiar, y porque en nuestros campamentos y rutas por la montaña la había recorrido en varias ocasiones. Incluso un verano había pasado por Dobres bajando entre la niebla desde el lago Curavacas y los puertos de Pineda. Aquellas imágenes me habían captado en su momento.

Era un reto y, sin duda, me encontré con el apoyo de mi familia, de mi antiguo maestro y con el de los compañeros del resto de escuelas unitarias de Liébana y Peñarrubia con quienes me reunía quincenalmente, la tarde de los viernes, en un local del colegio público Concepción Arenal de Potes.

Al pueblo se llega por una tortuosa, pero bien trazada carretera, iniciada por su parte más alta en 1945 y finalizada en el año 1966 tras la construcción del puente de Bárago. Dos impresionantes túneles horadan las últimas peñas para llegar al pueblo. La fotografía de Cucayo desde uno de ellos es espectacular. Sobre el primero de estos túneles caía un nevero en años de nevadas intensas. Vi tapada su boca con casi cuatro metros de altura de nieve apisonada, y cómo los vecinos y yo mismo hubimos de quitar con pico y pala aquella acumulación porque ninguna máquina quitanieves podía atravesarlo. Los padres de los alumnos me contaban cómo, hacía no muchos años, los anteriores maestros (generalmente maestras) subían a caballo por el «camino de las Retuertas» y pasaban en el pueblo trimestres enteros hasta la llegada de periodos vacacionales de los niños, en los que bajaban a Potes o se dirigían a sus domicilios, muchas veces, fuera incluso de Cantabria. El desnivel que se salvaba desde el pueblo anterior, Bárago, era de 300 metros en poco más de un kilómetro, una pendiente considerable que fue preciso salvar a través de la ladera y atravesando la misma roca. El humilladero de las Ánimas que se encontraba a la salida del pueblo de Cucayo asomaba a aquel gran precipicio, hoy aprovechado por una minicentral eléctrica sobre el río Frío.

La escuela había sido construida por los propios vecinos. Orgullosos, habían dejado constancia en una placa en la fachada con la fecha: 1952. Años atrás existió una única escuela para los dos barrios: Dobres y Cucayo, a medio camino entre ambos (aún se conservan sus restos), pero se había decidido construir una en cada barrio porque el número de niños así lo justificaba. Se accedía a la única aula a través de un portal, espacio que utilizábamos como leñera y al que dotamos con un sencillo tablero de aglomerado de madera para convertirlo en una mesa de ping-pong. No fue fácil hacer llegar este tablero a la escuela. Aprovechando una salida didáctica a Torrelavega de todas las escuelas unitarias de la zona, pudimos transportar varias tarimas en la baca del autobús. Descargarlos en los distintos pueblos nos llevó su tiempo. Pintarlo y convertirlo en mesa de juego fue otra tarea más que solucionó muchos momentos de recreos en días de mal o buen tiempo, o al salir de clase por las tardes.

Tres ventanas bien orientadas daban a una de las calles del pueblo, una de las pocas llanas. Era el patio de recreo, la pista deportiva improvisada y el área para realizar la Educación Física. Por ella pasaban lentas las vacas al bebedero en los largos inviernos en que permanecían en las cuadras. Proporcionaban las ventanas, pintadas de verde y con algunos de sus cristales biselados, luz suficiente para realizar las tareas y para que vivieran unos geranios que a los alumnos les encantaba cuidar. Sobre el aula se encontraba la vivienda del maestro. No reunía condiciones de habitabilidad entonces por lo que, como los colegas que me precedieron, opté por vivir con María y Mariano, y uno de sus hijos, el de mi edad. Esta familia fue mi familia aquellos dos años y pasamos muchos momentos de charla al amor de la lumbre, sentados en el escaño y cerca de la trébede. María, gran lectora, siempre atenta y entregada a sus labores, entre las que me sorprendió la elaboración del pan para la casa, panes gigantes que se guardaban en una gran arca de madera noble, y que envueltos en paños blancos se mantenían perfectamente comestibles durante quince días o más. De Mariano recuerdo su sabiduría, prudencia y socarronería. Alguna vez le acompañé a ver las vacas o las yeguas. Sufrí con ellos la llegada de la nieve y los problemas que generaba en la cabaña, que debía refugiarse en un establo exiguo. Ambos, excelentes conversadores, personas sensatas y lúcidas, cultas, orgullosas de sus quehaceres, de sus luchas y sus tiempos vividos.

Tanto en aquella casa como en las de todos los alumnos y alumnas que visité (siempre me invitaban el día del cumpleaños de sus hijos e hijas), llamaba la atención la austeridad con la que se sobrevivía. Una economía de subsistencia donde no se compraba más que lo imprescindible, y donde se vivía de los frutos cultivados y de las matanzas.

De aquellos niños recuerdo su entusiasmo, sus ganas de aprender y sus esfuerzos cotidianos en tareas de casa. Eran niños muy maduros desde pequeños. Recuerdo uno de mis primeros días en el pueblo, dando un paseo hasta Cucayo me encontré a dos niñas de 8 y 9 años corriendo tras unas vacas por una pendiente entre nogales, ágiles y felices, riendo y saltando para conducir las hasta la casa de una de ellas. En tiempo de recogida de nueces, los dedos de muchos de ellos tomaban el color de la cáscara. Era una de las formas de colaborar con los ingresos de las familias.

En el aula teníamos un par de pizarras y orientados hacia ellas formando una «U» se disponían los pupitres individuales, los cursos que formaban el ciclo superior en un lado, y los que formaban los ciclos inicial y medio en otro. El reparto de alumnado era así equilibrado y permitía la realización de tareas comunes o, al menos, similares. Carteles para reconocer el esquema corporal, colgantes vinculados a algún proyecto sencillo y murales para representar algunos aprendizajes se disponían por las paredes de la clase. Junto a la entrada, estanterías con nuestra, poco a poco, dotada biblioteca que recibía también préstamos periódicos de Educación Compensatoria, un pequeño rincón de lectura y el depósito de juegos didácticos. El de palabras cruzadas era uno de los más demandados tanto en tiempo de recreos en días de frío como en los momentos en que se concluían las tareas ordinarias. También los puzles, los juegos de construcción, los juegos de memoria, los de preguntas y respuestas hacían el deleite de grandes y pequeños que los compartían.

Al lado de la puerta, las zapatillas. El cambio de calzado a la entrada era obligado porque era una forma de evitar el frío o la humedad en los pies, aunque algunos llegábamos con ellas puestas y metidas en las albarcas para mejor salvar el barro de algunas calles. El curso anterior a mi incorporación, habían levantado los padres la chimenea sustituyendo a una estufa precaria. El encendido de esta por la mañana, de lo que se encargaban ellos mismos si no lo había hecho yo, formaba parte de la rutina cotidiana. Y el paso por ella en los días de frío intenso para calentar las manos y poder seguir escribiendo era todo un ritual también.

Con los vecinos del pueblo, traté de compartir algunos momentos y parte de sus actividades. Recuerdo sus llamadas a «camino» cuando acudía un representante de cada casa a realizar obras para el «común». Se trataba de mantener calles y carreteras, limpiar los depósitos y fuentes, conservar las vías de agua o reparar los puentes. Aquella práctica, aún hoy no totalmente desaparecida en Liébana, era una de las pocas que se conservaban de trabajos colectivos y solidarios. Habían desaparecido, me contaban, por ejemplo, las «corrudas» o turnos, cuando un vecino iba recorriendo las casas y recogiendo animales del resto de vecinos para pastorearlos durante el día y regresar con ellos al atardecer.

Siempre había personas mayores, con más tiempo, dispuestas a contar historias, romances, coplas y cuentos que recogían los alumnos y copiábamos en cuadernos para conservarlos. Un mundo reducido y con un cierto grado de sabiduría, fruto de la experiencia y las vivencias, creaba aquel acervo cultural. El aislamiento de esta localidad, apenas comunicada con cierta seguridad, pocos años antes, les había hecho conservar muchas expresiones y un vocabulario casi propio que, un vecino, Jesús Cuesta, ya afincado en el País Vasco, como tantos que habían emigrado en los años sesenta del siglo xx, había recopilado en un pequeño diccionario. Aquello se trasladaba indudablemente a los niños que, cuando empezaban a escribir, empleaban su propio vocabulario al redactar y contar sus vivencias. Trataba de respetarlo en mis correcciones entrecomillando aquellas expresiones llenas de sentido. Me recordaban mucho mis lecturas de nuestro maestro Manuel Llano.

Acompañé a los vecinos también a la apertura del puerto y a la subida de los ganados a los pastos de montaña. Una «fiesta» de cada primavera donde los vecinos con sus «meriendas» (así denominaban a la comida de campo) y en familia, llevaban las cabañas de vacas. Percibía yo hasta cierta alegría en aquellos animales, un tanto desmejorados y de pelo recrecido tras el paso del invierno, que iban a disfrutar por unos meses de aquella libertad de recorrer montañas y jugosos prados. Una vez arriba el ganado, la actividad en las casas y cuadras disminuía, era tiempo de subir a ver el estado de los animales o de agruparlos, y tiempo de huertos y un poco más tarde de siegas y recogida de la escasa hierba seca, y hasta de hacer vino y orujo, aunque ya la uva se traía de pueblos de Valladolid y Palencia.

Tanto en mis salidas hacia casa los viernes, como en el camino de subida los lunes, era posible hacer algún favor a alguno de los vecinos que bajaba hacia Potes o hacia Santander o subían hacia el pueblo. Siempre se mostraban por ello muy agradecidos por algo que a mi realmente no me costaba ningún esfuerzo hacer. Recuerdo especialmente el fin de semana que bajé a Elías hasta el Seminario de Corbán junto con un amigo de Barrio. Carlos Osoro, mi antiguo profesor y entonces rector del seminario, había convocado unas jornadas por las vocaciones. Elías, desde muy niño, tuvo claro ese destino.

De mi tiempo de ocio recuerdo dos lecturas de aquellos años: *El nombre de la rosa* e *Historia de una maestra* de Josefina R. Aldecoa. Cuando leía las páginas de este último sentía que no hubiera pasado el tiempo desde los años que recreaba el libro, años previos a 1931 y los tiempos de la República. Un periodo cargado de esperanzas y anhelos, de cambios necesarios y de transformaciones en la escuela. Cuánto daño hicieron a la institución escolar la Guerra Civil y la posguerra. Nuestro país sufrió una paralización y un paréntesis de progreso cultural y de cambio metodológico y nos desligó de las aportaciones de la Escuela Nueva, algo que recuperábamos desde finales de los setenta y en los años ochenta, no exentos de temor todavía a las involuciones y cargados de inercias que no dejaban ver el verdadero sentido de aprender y enseñar. La vida de aquella maestra me resultaba muy familiar, luchaba ella por erradicar la ignorancia y el caciquismo, y trataba yo de entusiasmar a mi alumnado con aprender y de transmitirles la idea de superación, curiosidad, cultura o ciencia. Contábamos con el apoyo de la innovación pedagógica procedente de los movimientos de renovación, de las escuelas de verano, de los incipientes CEP, de la propia Educación Compensatoria... y del trabajo colectivo y en equipo que podíamos desarrollar los maestros y maestras cuando compartíamos anhelos y necesidades. La recomendación de algunos padres era: «dele pa que aprenda», como si el castigo físico formara parte de la didáctica o de la pedagogía. Recordaba yo, cuando me lo decían, un cartel que vi en una escuela del modelo Barbiana que visité en Salamanca mientras estudiaba Magisterio. Enmarcada la frase en un cuadro, habían introducido un «no» antes de la última palabra de la frase, cambiando totalmente el sentido de: «La letra con sangre entra».

Disfrutaba del día a día en la escuela, aunque la jornada se ampliaba por pura necesidad. Trataba de que los alumnos mayores entrasen a clase a las 9:30 h y de que los más pequeños lo hiciesen a las 10:00, salían estos un poco más tarde y por la tarde, hacíamos algo similar. En aquellos momentos podía dedicarles más tiempo: explicar, corregir, ayudar, preguntar, hacer Educación Física o psicomotricidad... Por la tarde se alargaba la jornada porque me parecía que necesitaban aquellos momentos y es que tenía que atender hasta a quince alumnos, de siete cursos diferentes y en todas las áreas del currículo. Salvo algunas intervenciones quincenales de alguno de los maestros de Educación Compensatoria que trabajaban la lectura y la comprensión de textos o me aportaban materiales para trabajar con los alumnos de Preescolar, el resto del tiempo era mío. Sin la autonomía desarrollada por los propios niños, su propia motivación y la ayuda mutua que se prestaban hubiera sido imposible mi tarea. Necesariamente había de agruparles en distintos cursos a la hora de dar la Música, la Educación Plástica o el Idioma extranjero. Sucedió que la maestra que me precedió había impartido inglés, idioma que yo desconocía. Mi formación básica y secundaria había sido en francés, incluso un curso en Magisterio había visto este idioma. Era una

situación que podía producirse en aquel tipo de escuelas. Recurrí a mi antiguo maestro quien me prestó las cintas de casete que yo había escuchado en la escuela.

Una de las actividades que compartíamos todas las escuelas unitarias de Liébana y Peñarrubia, diez en aquel momento: Esanos, Pido, Ledantes, Buyezo, Dobres, Bejes, La Hermida, Cicera, Piñeres y Linares, era la revista escolar. En uno de sus números la convertimos en un proyecto de investigación sobre el patrimonio de los pueblos. Nosotros lo dedicamos a escribir sobre los molinos de agua, ya entonces abandonados, y sobre la antigua minicentral eléctrica que abastecía al pueblo y parte del valle y que había sido regentada por Mariano. El trabajo nos valió el reconocimiento de la Fundación Santillana que nos otorgó el primer premio en un concurso y que bajamos a recoger hasta Santillana del Mar. Fue un orgullo para todos.

La celebración del día de la Constitución nos llevó a darnos unas normas de convivencia propias para la escuela. Con sus aportaciones y los debates posteriores conseguimos reflejar en una carta los derechos que habíamos de respetar todos y las obligaciones que igualmente había que cumplir. Los viernes celebrábamos la asamblea semanal alrededor de la chimenea, todos juntos grandes y pequeños, y se abría la caja de las quejas y denuncias. Se tomaban decisiones, incluso se imponía algún castigo por decisión común con votaciones incluidas, si las disculpas no eran suficiente reparación al «mal» causado. Era una forma de hablar, de respetar y de aprender a defender derechos y obligaciones, de autogestionarse, en definitiva.

Mi formación en el bachillerato de ciencias y la de la especialidad de Ciencias Humanas en Magisterio me permitieron formar a aquel alumnado, creo que, con cierto nivel académico, a juzgar por su trayectoria posterior, aunque nada hubiera sido posible sin su deseo de aprender.

Un aspecto que me tuvo angustiado aquellos dos años era el de las programaciones. Aunque me encerraba desde el 1 de septiembre para elaborarlas y les dedicaba ya tiempo en verano, cómo yo podría planificar todas las áreas de los distintos cursos, escribiendo a mano y en un cuaderno de anillas. Me preocupaba una visita de un inspector a quien habían de enviarse a comienzo de curso estas programaciones, y la misma preparación de los alumnos que salían entonces con el título de Graduado Escolar. Nunca llegué a todo, por supuesto, y me entregaba, a las áreas instrumentales y a las de mayor peso en el horario escolar. Lo que sí conseguía era hacer una planificación del desarrollo de los «contenidos», entonces.

Tan sólo una vez me visitó el inspector, José Antonio Marín, un hombre afable y educado, a quien conocía porque mientras estudiaba Magisterio nos impartió una conferencia sobre la formulación operativa de objetivos didácticos (aún conservo el libro de Robert F. Mager que nos recomendó, y que leí con enorme atención y disfrute). Proponía una idea muy en boga en aquellos primeros años ochenta, conductista, y que en los últimos años de mi carrera profesional me recordaban bastante los estándares de aprendizaje de la LOMCE. Llegó un lunes a primera hora de la mañana y lo primero que le sorprendió es que estuviéramos ya en clase porque, según me contaba, pocos años atrás, los lunes por la mañana, día de mercado en Potes, no solía haber clase en las escuelas de Liébana. Maestros, padres y alumnos acudían a aprovisionarse de los recursos imprescindibles para la semana o a vender sus escasos excedentes. Su visita no tenía relación con aspectos pedagógicos sino con el control de un dinero para la compra de libros de texto que se acababa de asignar a las escuelas de municipios escasamente poblados. El dinero, ya que los libros se pasaban entre hermanos y vecinos de un curso a otro, lo habíamos empleado en dotar nuestra escasa biblioteca de lecturas y de obras de consulta, ya que los alumnos eran ávidos lectores y apenas contábamos con recursos para investigar o buscar información. El trámite se superó, creo que, con su ayuda, porque seguramente no habíamos cumplido estrictamente el protocolo. El interés de la administración educativa por aquel control se justificaba porque el envío de dinero suponía multiplicar

por diez nuestro presupuesto anual de mantenimiento de la escuela, que apenas llegaba a 2.000 de las antiguas pesetas. Con esta cantidad debíamos comprar los productos de limpieza, pagar algunas reparaciones, cubrir los gastos de comunicaciones y adquirir el material fungible para el funcionamiento del aula. Bastantes años más tarde, cuando me incorporé al Servicio de Inspección, siempre tuve presente aquella visita y aquel estilo de José Antonio Marín.

Uno de aquellos gastos se destinó a cambiar el sello de la escuela. Me enviaron una comunicación desde la, entonces, Dirección Provincial para que renovara dicho cuño por no ajustarse a la norma vigente, y es que estaba formado por un escudo real de la época de Alfonso XIII, anterior a 1931, al que se había eliminado la corona, posiblemente en tiempos de la II República o quizá durante la posguerra. Este sello puede verse en el Centro de Recursos, Interpretación y Estudios de la Escuela de Polanco donde lo deposité.

Los viernes nos tocaba limpieza de la clase, debíamos barrer aquel suelo de tabla y limpiar el polvo de las mesas y estanterías. Ese día, el recreo duraba un poco más y sobre todo cuando los alumnos más pequeños eran los que se encargaban de barrer y limpiar. No me cuestionaba aquel quehacer que para ellos era conocido y que yo también había vivido, algo impensable hoy día.

Cuando los alumnos salían de la escuela por la tarde, ya más cerca de las seis que de las cinco, comenzaba mi jornada de planificación, preparación, corrección o el momento de cortar leña para el día siguiente. Aunque los alumnos mayores colaboraban en esta tarea, me gustaba hacerla y hasta me resultaba relajante. Normalmente se me hacía de noche en la escuela si no había salido a dar un paseo. Si la primera noche que lo hice no hubiese venido Mariano a buscarme con una linterna estoy seguro de que no hubiera podido llegar hasta la casa. Una noche oscura y sin luces en las calles hacía imposible cualquier desplazamiento. La linterna se convirtió en otro de mis enseres junto con las albarcas.

Han pasado pocos años desde que describo estas vivencias, pero hay situaciones que han cambiado mucho y rápido. Una de ellas eran las comunicaciones. Funcionaba el correo que llegaba todos los días al pueblo, pero el teléfono era público y estaba situado en una de las viviendas del pueblo. Para llamar tenías que desplazarte hasta allí y la buena señora de la casa cuando te llamaban, te venía con el recado para darte la referencia de la llamada que se repetiría unas horas más tarde, si el asunto no era urgente. Fruto de ese desfase en las comunicaciones fue, por ejemplo, que algunos de los maestros de las unitarias de Liébana y Peñarrubia mantuvimos una huelga que se había desconvocado. El hecho fue noticia en algunos medios de comunicación.

Y hasta aquí un relato que podría aún continuar. Guardo una enorme gratitud a todas las personas que contribuyeron a desarrollar en mí el interés por la educación, comenzando por mis propios padres. Esta experiencia que he relatado, y muchas otras que he vivido después, me han hecho disfrutar de una profesión apasionante que viví con dedicación y entrega y de la que recibí, muchas veces, más de lo que daba.